En Jesucristo, la eternidad entró en el tiempo, el Creador asumió nuestra naturaleza y el Hijo de Dios se hizo verdaderamente hombre sin dejar de ser verdaderamente Dios. La Iglesia ha defendido durante siglos esta verdad fundamental: Cristo no es mitad Dios y mitad hombre, ni dos personas unidas entre sí, sino una sola Persona divina en dos naturalezas perfectas. Este es el misterio de la Unión Hipostática, el corazón mismo de la fe cristiana.

1. El acontecimiento que cambió la historia: Dios se hizo hombre

Hay verdades de la fe cristiana que, cuanto más profundamente se contemplan, más nos hacen comprender la grandeza de Dios. Una de ellas es el misterio de la Encarnación: el Hijo eterno de Dios asumió una naturaleza humana y entró verdaderamente en nuestra historia sin dejar de ser lo que eternamente era.

No se trata simplemente de que Dios se manifestara a través de un hombre excepcional, ni de que un ser humano alcanzara una unión especial con la divinidad. Tampoco significa que Jesucristo fuera un hombre en cuyo interior habitara Dios como habita en el alma de los justos.

La fe católica afirma algo infinitamente más profundo: Jesucristo es Dios verdadero y hombre verdadero. En Él existen dos naturalezas, la divina y la humana, unidas inseparablemente en una sola Persona: la Persona divina del Hijo.

Esta unión recibe el nombre de Unión Hipostática.

La expresión puede parecer complicada, pero encierra una de las afirmaciones más hermosas y decisivas del cristianismo. Aquel que nació de María en Belén es el mismo Hijo eterno que existe desde siempre junto al Padre. Aquel que lloró, tuvo hambre, caminó por los caminos de Galilea y murió en la Cruz es verdaderamente Dios hecho hombre.

El Evangelio de san Juan expresa este misterio con una de las declaraciones más profundas de toda la Sagrada Escritura:

> *«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Juan 1,14).*

En estas pocas palabras se encuentra condensado el fundamento de nuestra fe. El Verbo no

dejó de ser Dios para convertirse en hombre. No abandonó su naturaleza divina ni se transformó en una criatura. Asumió nuestra humanidad, haciéndola verdaderamente suya, sin perder nada de su divinidad.

Comprender esta verdad permite entender quién es Jesucristo, por qué su sacrificio tiene un valor redentor único y por qué la salvación cristiana no consiste simplemente en recibir enseñanzas morales de un maestro extraordinario, sino en entrar en comunión con el mismo Dios que se ha acercado a nosotros.

2. ¿Qué significa exactamente la Unión Hipostática?

Para comprender esta doctrina debemos detenernos en dos conceptos fundamentales de la teología cristiana: naturaleza y persona.

La naturaleza responde a la pregunta: ¿qué es alguien?

En Cristo encontramos dos naturalezas:

- La naturaleza divina: por la cual es verdadero Dios, eterno, omnipotente, omnisciente e igual al Padre.
- La naturaleza humana: por la cual es verdadero hombre, con cuerpo humano, alma racional, inteligencia, voluntad y todas las facultades propias de nuestra condición humana, excepto el pecado.

La persona responde a otra pregunta: ¿quién es alguien?

En Jesucristo existe una sola Persona: el Hijo eterno de Dios, la segunda Persona de la Santísima Trinidad.

Por tanto, debemos distinguir cuidadosamente:

- Cristo tiene dos naturalezas.
- Cristo tiene una sola Persona.
- Esa única Persona es divina.
- Ambas naturalezas permanecen completas, sin confundirse ni separarse.

Esta es la esencia de la Unión Hipostática.

La palabra hipostática procede del término griego hypóstasis, utilizado en el lenguaje

teológico para referirse a la realidad personal o subsistente. En esta doctrina expresa que la naturaleza humana de Jesucristo subsiste en la Persona divina del Verbo.

Esto significa que Jesús no es una persona humana independiente unida posteriormente a una persona divina. Su humanidad pertenece personalmente al Hijo de Dios desde el primer instante de su existencia humana.

Cuando contemplamos al Niño de Belén, no estamos ante un hombre que posteriormente recibe la divinidad. Estamos ante el mismo Hijo de Dios que ha asumido una humanidad verdadera.

Y cuando contemplamos a Cristo crucificado, no estamos ante un hombre separado de Dios que sufre por nosotros. Es la Persona divina del Hijo quien padece y muere según su naturaleza humana.

Esta distinción resulta esencial para comprender el misterio de nuestra redención.

3. Las dos naturalezas de Cristo: verdadero Dios y verdadero hombre

La Iglesia nunca ha enseñado que Jesucristo sea una mezcla de divinidad y humanidad. Tampoco que su naturaleza humana sea una apariencia exterior o un instrumento sin verdadera realidad humana.

Cristo es plenamente Dios y plenamente hombre.

Su naturaleza divina

Jesucristo posee la misma naturaleza divina que el Padre y el Espíritu Santo. No es un dios inferior, una criatura extraordinariamente elevada ni un ser intermedio entre Dios y los hombres.

El prólogo del Evangelio de san Juan comienza afirmando:

> *«En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios» (Juan 1,1).*

El Verbo existe desde toda la eternidad. No comienza a existir en Belén. Su nacimiento humano marca el comienzo de su vida temporal según la humanidad asumida, no el comienzo de su existencia divina.

Por eso, cuando Jesús afirma:

> *«Yo y el Padre somos uno» (Juan 10,30),*

manifiesta su unidad divina con el Padre. No está diciendo que Él y el Padre sean una misma Persona, sino que comparten la única naturaleza divina.

Esta verdad pertenece al misterio de la Santísima Trinidad y es inseparable de la cristología católica.

Su naturaleza humana

Al mismo tiempo, Jesucristo asumió una humanidad completa.

Tuvo un cuerpo verdadero, nació de una mujer, experimentó el hambre, la sed, el cansancio, el dolor y las lágrimas. Poseyó una inteligencia humana y una voluntad humana, y vivió realmente las condiciones de la existencia terrena.

El Evangelio nos muestra a Jesús llorando ante la muerte de Lázaro (Juan 11,35), sintiendo hambre en el desierto (Mateo 4,2), cansado junto al pozo de Jacob (Juan 4,6) y experimentando una profunda angustia en Getsemaní (Mateo 26,38).

Nada de esto era una representación.

Cristo no fingía ser hombre. Su humanidad era auténtica.

El Catecismo de la Iglesia Católica, especialmente en los números 464-469, desarrolla esta doctrina y explica cómo la Iglesia ha confesado progresivamente la verdadera divinidad y humanidad de Jesucristo.

Una consecuencia fundamental es que Jesucristo posee una inteligencia y una voluntad humanas reales, que no sustituyen ni anulan su divinidad.

Así lo afirma también la doctrina católica al explicar que las dos voluntades de Cristo actúan

en perfecta armonía, permaneciendo su voluntad humana libremente sometida a la voluntad divina.

No estamos, por tanto, ante una humanidad incompleta. El Hijo de Dios asumió todo lo que pertenece a nuestra naturaleza humana, precisamente para redimir al hombre en su integridad.

4. La enseñanza de la Sagrada Escritura: el misterio anunciado desde el principio

La Unión Hipostática no es una construcción filosófica inventada siglos después de Jesucristo. Es la formulación teológica con la que la Iglesia ha expresado y protegido una verdad presente desde el comienzo en la revelación cristiana.

La Sagrada Escritura ofrece numerosos testimonios de la divinidad y humanidad de Cristo.

El Verbo eterno que se hace carne

Como hemos visto, Juan 1,14 constituye uno de los textos fundamentales.

El evangelista no afirma que el Verbo simplemente habitara en un hombre, sino que el Verbo se hizo carne.

La expresión «carne» señala aquí la condición humana asumida por el Hijo de Dios. El que existía desde el principio junto al Padre entra verdaderamente en la historia humana.

El Hijo de Dios nacido de una mujer

San Pablo escribe:

> *«Pero cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley» (Gálatas 4,4).*

La afirmación es extraordinariamente significativa.

Cristo es enviado por el Padre como su Hijo, pero nace de una mujer. Su origen personal es

eterno y divino; su nacimiento según la humanidad acontece dentro del tiempo.

San Pablo une así dos dimensiones inseparables: la identidad divina del Hijo y su verdadera condición humana.

Cristo posee la plenitud de la divinidad

En la carta a los Colosenses encontramos otra declaración fundamental:

> *«Porque en Él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad» (Colosenses 2,9).*

No habita en Cristo una parte de la divinidad, ni una presencia simbólica de Dios. Habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad.

Este versículo resulta especialmente importante para comprender que la humanidad de Jesús no es un obstáculo para su divinidad. Al contrario, el cuerpo y la humanidad de Cristo pertenecen al misterio de la Encarnación del Verbo.

El himno de la humillación y exaltación de Cristo

En Filipenses 2,6-11, san Pablo presenta uno de los textos más profundos sobre el misterio de Cristo.

Explica que Jesucristo, existiendo en la condición divina, tomó la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y humillándose hasta la muerte de Cruz.

Es importante comprender correctamente esta afirmación: Cristo no renunció a su divinidad. Su humillación consistió en asumir nuestra condición humana y aceptar libremente el camino de la obediencia y del sacrificio.

El que era Dios desde siempre se hizo servidor por amor.

La Cruz no es una derrota de su divinidad, sino la manifestación suprema de su amor redentor mediante la humanidad que asumió.

5. La Iglesia defendió este misterio frente a las herejías cristológicas

Durante los primeros siglos del cristianismo, la Iglesia tuvo que afrontar numerosas controversias acerca de la identidad de Jesucristo.

No eran discusiones secundarias. Estaba en juego la comprensión de la salvación: si Cristo no era verdaderamente Dios, no podía revelarnos plenamente al Padre; si no era verdaderamente hombre, no podía asumir y redimir nuestra naturaleza humana.

La Iglesia fue precisando su lenguaje doctrinal mediante concilios, profesiones de fe y el testimonio de los Padres.

El arrianismo: Cristo no es una criatura

En el siglo IV, Arrio defendió que el Hijo de Dios no era eterno ni consustancial al Padre, sino una criatura excelsa, creada por Dios antes del resto de la creación.

Esta enseñanza fue condenada por el Concilio de Nicea del año 325, que confesó que el Hijo es «engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre».

La afirmación tenía una importancia decisiva: Jesucristo no pertenece al orden de las criaturas. Es Dios verdadero.

Si Cristo fuera una criatura, por elevada que fuese, no podría ser Dios mismo quien nos salva.

El nestorianismo: ¿dos personas en Cristo?

En el siglo V surgió otra controversia especialmente importante, relacionada con Nestorio, patriarca de Constantinopla.

La discusión giraba en torno a la unidad personal de Jesucristo y a la legitimidad del título mariano Theotokos, que significa «Madre de Dios».

El problema no consistía simplemente en una disputa sobre cómo llamar a la Virgen María. La cuestión fundamental era quién había nacido de ella.

Si María hubiera dado a luz únicamente a un hombre al que posteriormente se unió el Verbo, podría parecer que existían dos sujetos personales en Cristo: uno humano y otro divino.

Pero la fe católica afirma que el nacido de María es el propio Hijo de Dios hecho hombre.

Por eso, el Concilio de Éfeso del año 431 confirmó la legitimidad del título Theotokos.

María es verdaderamente Madre de Dios porque es madre de Jesucristo, y Jesucristo es una sola Persona divina.

Esto no significa que María sea anterior a Dios, que haya originado la naturaleza divina del Hijo o que sea madre de la Trinidad. Significa que aquel a quien engendró según la humanidad es el Hijo eterno de Dios.

La maternidad divina de María constituye, por tanto, una consecuencia directa de la Unión Hipostática.

El monofisismo: ¿una sola naturaleza después de la Encarnación?

Otra controversia estuvo relacionada con Eutiques, quien sostuvo una posición que comprometía la permanencia de la verdadera naturaleza humana de Cristo después de la unión.

Frente a este error, la Iglesia tuvo que precisar que la unión de la divinidad y la humanidad no significa que ambas se mezclen para producir una naturaleza nueva.

La humanidad de Cristo no desaparece dentro de la divinidad, ni la divinidad queda absorbida por la humanidad.

Ambas permanecen íntegras.

Esta precisión fue formulada solemnemente por el Concilio de Calcedonia.

6. El Concilio de Calcedonia: la definición fundamental de la Unión Hipostática

AÑO 451 · CUARTO CONCILIO ECUMÉNICO

El Concilio de Calcedonia, celebrado en el año 451, constituye uno de los momentos fundamentales de la historia de la doctrina cristológica.

Su definición dogmática recogió la enseñanza de la Sagrada Escritura, la Tradición apostólica

y las formulaciones anteriores de la Iglesia.

Los Padres conciliares confesaron que Jesucristo es:

- Perfecto en su divinidad.
- Perfecto en su humanidad.
- Verdaderamente Dios.
- Verdaderamente hombre, compuesto de alma racional y cuerpo.
- Consustancial al Padre según la divinidad.
- Consustancial a nosotros según la humanidad, excepto en el pecado.

Pero la formulación más conocida del Concilio es la que establece que Cristo debe ser reconocido en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división y sin separación.

Estas cuatro expresiones son fundamentales para comprender correctamente el misterio.

Sin confusión: la naturaleza divina y la humana no se mezclan ni producen una tercera naturaleza.

Sin cambio: ninguna de las dos naturalezas se transforma en la otra. La divinidad no se convierte en humanidad, ni la humanidad en divinidad.

Sin división: Cristo no está dividido en dos sujetos personales independientes.

Sin separación: las dos naturalezas permanecen inseparablemente unidas en la única Persona del Verbo.

El Concilio quiso proteger simultáneamente dos verdades: la integridad de las naturalezas y la unidad de la Persona.

No podemos sacrificar una para defender la otra.

La definición de Calcedonia es una de las expresiones más precisas de la fe católica sobre Jesucristo y continúa siendo una referencia fundamental para la cristología.

El Catecismo de la Iglesia Católica recoge esta formulación en su número 467. Vaticano+1

¿Por qué fueron tan importantes estas cuatro expresiones?

Porque nos permiten evitar dos errores opuestos.

Por un lado, imaginar a Cristo como una especie de mezcla entre Dios y hombre, cuya humanidad habría quedado absorbida por su divinidad.

Por otro, imaginarlo como dos personas diferentes que simplemente cooperan: un hombre por un lado y el Hijo de Dios por otro.

La fe católica rechaza ambas posibilidades.

El que actúa, enseña, ama, sufre y muere es siempre el mismo Jesucristo, el Hijo eterno de Dios, que realiza estas acciones según su naturaleza divina o humana, según corresponda.

7. Una sola Persona divina: ¿quién nació, sufrió y murió en la Cruz?

Esta cuestión nos conduce a una de las consecuencias más profundas de la Unión Hipostática.

Cuando decimos que Jesucristo nació en Belén, ¿quién nació?

El Hijo de Dios.

Cuando afirmamos que Jesús lloró ante la tumba de Lázaro, ¿quién lloró?

El Hijo de Dios, según su humanidad.

Cuando confesamos que Jesucristo murió en la Cruz, ¿quién murió?

El Hijo de Dios, según su naturaleza humana.

Aquí aparece una enseñanza teológica conocida como comunicación de idiomas (communicatio idiomatum).

Consiste en que, debido a la unidad de la Persona de Cristo, podemos atribuir a esa única Persona las propiedades y acciones correspondientes a cualquiera de sus dos naturalezas.

Por eso podemos decir legítimamente que Dios nació de María, que Dios sufrió y que Dios murió por nosotros.

Sin embargo, es necesario comprender correctamente estas afirmaciones.

La naturaleza divina, considerada en sí misma, es eterna, impasible e inmortal. Dios no deja de ser Dios, no está sometido a la corrupción y no puede morir según su divinidad.

Pero la Persona que es Dios asumió una naturaleza humana verdaderamente capaz de padecer y morir.

Por eso, no murió la divinidad de Cristo, sino que murió Jesucristo, la Persona divina del Hijo, según la humanidad que había asumido.

Esta distinción no disminuye el valor de la Cruz. Al contrario, nos permite comprender su profundidad.

El sacrificio redentor no fue simplemente la muerte de un hombre piadoso. Fue el sacrificio humano del Hijo de Dios encarnado.

La identidad divina de quien se entrega y la realidad humana de su sufrimiento son inseparables.

El Sagrado Corazón: un corazón verdaderamente humano que ama divinamente

Esta doctrina también ilumina la devoción tradicional al Sagrado Corazón de Jesús.

El corazón de Cristo no es un símbolo vacío ni una representación sentimental del amor de Dios.

Es el corazón humano del Hijo de Dios, verdaderamente unido a su Persona divina.

Jesús amó con un corazón humano. Sintió compasión, tristeza, ternura y dolor. Su amor no fue una apariencia de humanidad, sino una realidad vivida en nuestra naturaleza.

La devoción al Sagrado Corazón nos recuerda que el amor de Dios no es una idea abstracta: se ha manifestado históricamente en Jesucristo, que entregó su vida por nosotros.

8. La humanidad de Cristo posee inteligencia y voluntad propias

La Unión Hipostática tiene otra consecuencia fundamental: Jesucristo no asumió únicamente un cuerpo humano, sino también un alma racional, con inteligencia y voluntad humanas.

Esta cuestión fue objeto de importantes controversias durante los siglos VII y VIII.

Algunos defendieron el monotelismo, según el cual Cristo tendría una sola voluntad, la divina.

Pero esta posición comprometía la integridad de su humanidad.

Si Jesucristo no poseyera una voluntad humana verdadera, no habría asumido completamente nuestra condición.

El III Concilio de Constantinopla, celebrado entre los años 680 y 681, definió que en Cristo existen dos voluntades naturales y dos operaciones naturales: una divina y otra humana.

Ambas están perfectamente unidas y armonizadas en la única Persona del Verbo.

La voluntad humana de Cristo no se opone a la divina, sino que se somete libremente a ella.

Getsemaní: la humanidad de Cristo ante el sufrimiento

El episodio de Getsemaní nos permite contemplar esta realidad de una manera extraordinaria.

En el huerto de los Olivos, Jesús experimenta angustia ante la Pasión que se aproxima.

San Mateo recoge estas palabras:

> *«Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú» (Mateo 26,39).*

Estas palabras no manifiestan una contradicción moral entre Jesús y el Padre.

Expresan la realidad de su voluntad humana, que experimenta naturalmente el rechazo al sufrimiento y a la muerte, y que se entrega libremente a la voluntad divina.

Cristo no fue un hombre incapaz de sentir el dolor. Tampoco fue una persona humana dominada por el pecado.

Su obediencia fue plenamente libre y verdaderamente humana.

San Máximo el Confesor, uno de los grandes defensores de las dos voluntades de Cristo, comprendió la importancia de esta cuestión para la salvación del hombre.

Si Cristo hubiera carecido de voluntad humana, no habría asumido ni sanado plenamente nuestra condición.

En su obediencia, Cristo restaura aquello que el pecado había desordenado: la relación entre la voluntad humana y la voluntad de Dios.

El Catecismo desarrolla esta enseñanza en los números 471-475, y san Juan Pablo II también explicó su importancia doctrinal en sus catequesis sobre Jesucristo. Vaticano+2

9. ¿Por qué era necesario que Dios se hiciera hombre?

La Encarnación no fue un acontecimiento accidental ni una simple manifestación exterior del poder divino.

El Hijo de Dios asumió nuestra naturaleza por nuestra salvación.

El Catecismo de la Iglesia Católica, en los números 456-460, presenta varias razones fundamentales de la Encarnación:

- Para reconciliarnos con Dios.
- Para que conociéramos el amor de Dios.
- Para ser nuestro modelo de santidad.
- Para hacernos partícipes de la naturaleza divina.

Estas razones permiten comprender la grandeza del misterio.

Dios se hace hombre para reconciliar al hombre con Dios

El pecado había introducido una ruptura en la relación entre Dios y la humanidad.

El hombre no podía reparar por sus propias fuerzas la ofensa cometida contra Dios ni alcanzar por sí mismo la salvación sobrenatural.

La redención procede de la iniciativa gratuita de Dios.

El Hijo eterno asume nuestra naturaleza para realizar, mediante su obediencia, su Pasión y su Resurrección, la reconciliación de la humanidad con el Padre.

San Pablo escribe:

> *«Porque Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo» (2 Corintios 5,19).*

La humanidad de Cristo es el medio real por el que el Hijo de Dios lleva a cabo nuestra redención.

Dios se hace hombre para mostrarnos su amor

Podemos estudiar las perfecciones divinas, contemplar la creación y razonar sobre la existencia de Dios.

Pero en Jesucristo el amor divino se manifiesta de una manera personal, histórica y cercana.

Dios no permanece distante ante el sufrimiento humano.

En Cristo conoce desde dentro la experiencia de la vida humana: el cansancio, la pobreza, la incomprensión, el abandono, la injusticia y el dolor.

No porque su divinidad necesite aprender o experimentar nuestras limitaciones, sino porque el Hijo ha asumido verdaderamente nuestra naturaleza.

Dios se hace hombre para mostrarnos el camino de la santidad

Jesucristo no solamente nos salva: también nos muestra cómo debemos vivir.

Su humildad, obediencia, caridad, pureza, paciencia y fidelidad al Padre constituyen el modelo perfecto de la vida cristiana.

No seguimos simplemente un conjunto de normas morales. Seguimos a una Persona.

El cristiano está llamado a configurarse con Cristo, imitando sus virtudes y viviendo unido a Él mediante la gracia.

Dios se hace hombre para hacernos partícipes de la vida divina

La segunda carta de san Pedro expresa una de las consecuencias más extraordinarias de la salvación:

> *«Para que por ellas lleguéis a ser partícipes de la naturaleza divina» (2 Pedro 1,4).*

Los Padres de la Iglesia desarrollaron profundamente esta enseñanza, conocida en la teología como divinización o deificación.

No significa que el ser humano se convierta en Dios por naturaleza, ni que desaparezca la distinción entre el Creador y la criatura.

Significa que, por la gracia, somos elevados a participar de la vida divina.

San Atanasio de Alejandría expresó esta doctrina mediante una fórmula tradicionalmente asociada a su enseñanza: el Verbo se hizo hombre para que nosotros pudiéramos ser divinizados por la gracia.

La Unión Hipostática es el fundamento singular de esta elevación: el Hijo une personalmente a sí nuestra naturaleza humana para comunicarnos los frutos de su obra redentora.

10. La Virgen María y el misterio de la Unión Hipostática

No podemos profundizar en la Encarnación sin detenernos en la figura de la Santísima Virgen María.

La maternidad divina de María no es una cuestión secundaria de la doctrina católica. Está directamente relacionada con la identidad de Jesucristo.

Cuando la Iglesia proclama a María como Theotokos, Madre de Dios, está defendiendo una verdad fundamental: el que nació de ella según la carne es una Persona divina, el Hijo eterno del Padre.

María no es madre de la naturaleza divina, porque Dios no tiene principio ni puede recibir su existencia de una criatura. Tampoco es madre del Padre o del Espíritu Santo.

Es Madre de Jesucristo, que es Dios verdadero y hombre verdadero.

Por eso, el título de Madre de Dios constituye una consecuencia necesaria de la unidad personal de Cristo.

La maternidad divina como defensa de la fe

La importancia de este título quedó especialmente manifiesta durante la controversia nestoriana y el Concilio de Éfeso.

San Cirilo de Alejandría fue uno de los principales defensores de esta doctrina. Su preocupación fundamental era preservar la unidad de Jesucristo.

Si el nacido de María fuera solamente un hombre al que posteriormente se habría unido el Verbo, estaríamos separando artificialmente al Salvador en dos sujetos.

Pero si el que nace de María es el propio Verbo encarnado, resulta legítimo y necesario reconocerla como Madre de Dios.

Esto también nos ayuda a comprender por qué la Iglesia ha profesado siempre una profunda veneración a la Virgen María.

Su dignidad procede de su relación única con Jesucristo. Es la Madre del Redentor, la criatura elegida por Dios para que el Hijo eterno asumiera nuestra humanidad.

La contemplación de María nos conduce necesariamente a Cristo.

Y cuanto más comprendemos la Unión Hipostática, más profundamente entendemos la grandeza de su maternidad divina.

11. La Unión Hipostática y la Eucaristía: el mismo Cristo que se entregó por nosotros

La doctrina de la Unión Hipostática también permite comprender mejor el misterio de la Eucaristía.

En la Santa Misa no recibimos simplemente un recuerdo simbólico de Jesús ni una representación de sus enseñanzas.

La Iglesia confiesa la presencia real, verdadera y sustancial de Jesucristo bajo las especies eucarísticas.

El Catecismo de la Iglesia Católica, en sus números 1374-1377, explica esta presencia singular.

¿Y quién está presente en la Eucaristía?

El mismo Jesucristo que nació de María, predicó en Galilea, murió en la Cruz y resucitó gloriosamente.

Es decir, el Cristo entero: su Cuerpo, su Sangre, su Alma y su Divinidad.

La Unión Hipostática nos ayuda a comprender por qué la humanidad de Cristo nunca puede separarse de su Persona divina.

Su Cuerpo es verdaderamente humano, pero pertenece personalmente al Hijo de Dios.

Por eso, en la Eucaristía no recibimos un cuerpo humano independiente de la divinidad, sino al mismo Cristo glorioso.

Esta realidad debería transformar nuestra manera de participar en la Santa Misa.

La adoración eucarística, el respeto ante el Sagrario, el recogimiento durante la liturgia y la preparación adecuada para recibir la Sagrada Comunión no son simples formalidades religiosas.

Son manifestaciones de nuestra fe en que allí está verdaderamente Jesucristo.

Cuando nos arrodillamos ante el Santísimo Sacramento, adoramos al mismo Señor que los Apóstoles contemplaron y al que los ángeles adoran eternamente.

12. ¿Qué nos enseña la Unión Hipostática a los católicos de hoy?

Podría parecer que la Unión Hipostática pertenece exclusivamente a las grandes discusiones teológicas de la antigüedad.

Sin embargo, sus consecuencias afectan directamente a nuestra vida espiritual y a nuestra

manera de comprender el cristianismo.

En una época en la que muchas veces se presenta a Jesucristo únicamente como un maestro moral, un reformador social o un ejemplo de bondad humana, recuperar esta doctrina resulta especialmente necesario.

Jesús no es simplemente alguien que nos enseña a ser mejores personas.

Jesucristo es Dios mismo hecho hombre, nuestro Señor, nuestro Salvador y el único Mediador entre Dios y los hombres.

Esta verdad tiene consecuencias concretas.

Primera enseñanza: no podemos reducir a Cristo a un simple hombre

La cultura contemporánea tiende en ocasiones a aceptar a Jesús como personaje histórico, maestro de valores o defensor de los pobres, pero encuentra dificultades para aceptar su divinidad.

Sin embargo, separar al Jesús histórico del Hijo eterno de Dios significa alterar el núcleo de la fe cristiana.

No podemos conservar únicamente las enseñanzas que nos resultan agradables y dejar de lado su identidad divina.

Si Cristo es Dios, sus palabras tienen una autoridad que supera cualquier opinión humana.

Su enseñanza sobre el matrimonio, la familia, el pecado, el perdón, la vida eterna y la necesidad de la conversión no puede reducirse a una propuesta moral entre otras muchas.

El cristiano debe recibir a Cristo en su totalidad.

Segunda enseñanza: la humanidad tiene una dignidad extraordinaria

La Encarnación revela hasta qué punto Dios ha querido acercarse al hombre.

El Hijo eterno no asumió una apariencia humana ni utilizó nuestra naturaleza como un simple instrumento externo.

Asumió verdaderamente nuestra condición.

Esto ilumina profundamente la dignidad de toda persona humana.

El cuerpo no es una prisión de la que debamos liberarnos, ni una realidad despreciable frente al espíritu. La naturaleza humana ha sido asumida por el propio Hijo de Dios.

Por eso, la fe cristiana defiende la unidad de cuerpo y alma y reconoce el valor de la vida humana desde su comienzo hasta su fin natural.

La dignidad del hombre no depende de su productividad, su capacidad intelectual, su fuerza física, su edad o su utilidad social.

Cada ser humano posee una dignidad que no puede ser reducida a criterios materiales.

La Encarnación constituye una revelación extraordinaria del valor de nuestra naturaleza.

Tercera enseñanza: el sufrimiento humano no es ajeno a Cristo

Cuando atravesamos una enfermedad, una pérdida familiar, una injusticia o una situación de angustia, podemos contemplar a Jesucristo.

Él conoció verdaderamente el sufrimiento humano.

Lloró, experimentó el abandono de sus discípulos, soportó la violencia y aceptó una muerte dolorosa.

Esto no significa que el sufrimiento sea bueno en sí mismo ni que debamos buscarlo.

Significa que el sufrimiento humano puede adquirir un sentido nuevo cuando se vive unido a Cristo.

El cristiano no está llamado a afrontar sus cruces en soledad.

Está llamado a unirlas espiritualmente al sacrificio redentor de Nuestro Señor.

Como enseña san Pablo:

> *«Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su Cuerpo,*

> *que es la Iglesia» (Colosenses 1,24).*

No falta nada a la eficacia del sacrificio de Cristo. Lo que expresa el Apóstol es la participación de los cristianos en los sufrimientos de su Señor, mediante los cuales pueden colaborar espiritualmente en la misión de la Iglesia.

Cuarta enseñanza: la verdadera libertad consiste en ordenar nuestra voluntad a Dios

La obediencia de Cristo en Getsemaní ofrece una enseñanza extraordinaria para nuestra vida cotidiana.

Vivimos en una cultura que frecuentemente identifica la libertad con la posibilidad de hacer todo aquello que deseamos.

Pero la libertad cristiana no consiste en seguir indiscriminadamente nuestros impulsos.

Consiste en poder elegir el bien y ordenar nuestra vida conforme a la verdad.

Cristo nos muestra que la obediencia a Dios no destruye nuestra humanidad. La perfecciona.

Cuando perdonamos a quien nos ha ofendido, rechazamos una tentación, cumplimos nuestros deberes familiares o permanecemos fieles a la verdad a pesar de las dificultades, estamos participando de esa obediencia que Cristo manifestó plenamente.

La santidad no consiste en dejar de ser humanos, sino en permitir que la gracia transforme nuestra humanidad.

Quinta enseñanza: nuestra vida cristiana debe estar centrada en Jesucristo

La Unión Hipostática nos recuerda que el centro del cristianismo no es una ideología, una costumbre cultural ni un conjunto de normas.

El centro es una Persona: Jesucristo.

Por eso, toda formación doctrinal, toda devoción, toda práctica litúrgica y toda obra de caridad deben conducirnos a una unión más profunda con Él.

La oración, la confesión sacramental, la participación en la Santa Misa, la lectura de la

Escritura y la práctica de las virtudes son medios para crecer en esa unión.

No basta con conocer intelectualmente que Jesucristo es Dios y hombre.

Es necesario reconocerlo como Señor de nuestra existencia.

13. Cómo contemplar y vivir espiritualmente el misterio de la Encarnación

La doctrina de la Unión Hipostática no debe quedarse en el terreno de las definiciones teológicas.

Es una verdad destinada a ser contemplada, amada y vivida.

Podemos profundizar en ella mediante algunas prácticas espirituales concretas.

Contemplar los Evangelios. Leer despacio los relatos de la infancia de Jesús, su vida pública, su Pasión y su Resurrección. En cada episodio debemos recordar que quien actúa es el Hijo eterno de Dios hecho hombre.

Practicar la adoración eucarística. Dedicar tiempo a permanecer ante el Santísimo Sacramento, contemplando al mismo Cristo que asumió nuestra humanidad para salvarnos.

Rezar el Ángelus. Esta oración tradicional recuerda diariamente el misterio de la Encarnación. Sus palabras nos permiten detenernos en el momento en que el Verbo se hizo carne por obra del Espíritu Santo.

Rezar el Santo Rosario. Los misterios gozosos nos permiten contemplar especialmente la Encarnación, la Visitación, el Nacimiento de Jesús y su vida oculta en Nazaret. Son una escuela de contemplación de la humanidad santísima de Cristo.

Imitar las virtudes de Nuestro Señor. La humildad de Belén, la obediencia de Nazaret, la caridad de su vida pública y la entrega del Calvario deben convertirse en ejemplos concretos para nuestra existencia.

Acudir a la Virgen María. Como Madre de Dios, María nos enseña a recibir a Cristo, conservar sus palabras en el corazón y permanecer fieles a Él incluso en los momentos de mayor dificultad.

Estas prácticas nos ayudan a pasar del conocimiento doctrinal a una relación personal y profunda con Jesucristo.

14. Un misterio que la razón contempla, pero que nunca puede agotar

La Unión Hipostática pertenece a los misterios centrales de la fe cristiana.

La inteligencia humana puede comprender las definiciones de la Iglesia, distinguir las naturalezas y la Persona, estudiar los concilios y profundizar en las consecuencias teológicas de la Encarnación.

Pero nunca podrá agotar completamente la profundidad de este misterio.

No debemos confundir misterio con contradicción.

La fe no nos pide creer que Jesucristo sea Dios y no sea Dios al mismo tiempo, ni que posea una naturaleza y dos naturalezas simultáneamente en el mismo sentido.

Nos enseña que es una sola Persona divina que subsiste en dos naturalezas distintas y completas.

La dificultad no está en una contradicción lógica, sino en la grandeza de una realidad que supera nuestra capacidad de comprensión plena.

Podemos conocer verdaderamente quién es Cristo sin comprender exhaustivamente cómo es posible la unión personal de la divinidad y la humanidad.

Y precisamente por eso este misterio debe conducirnos a la adoración.

San León Magno, uno de los grandes defensores de la doctrina cristológica en el siglo V, contribuyó decisivamente a la formulación de Calcedonia mediante su célebre Tomus ad Flavianum, en el que defendió la integridad de ambas naturalezas en la unidad de Cristo.

Su enseñanza recuerda que las propiedades de cada naturaleza permanecen intactas en la única Persona del Salvador.

No tenemos un Cristo dividido, ni un Cristo transformado en una mezcla de naturalezas.

Tenemos al mismo Señor Jesucristo, Dios verdadero y hombre verdadero.

Conclusión: el Dios eterno que quiso tener un rostro humano

La Unión Hipostática nos coloca ante una de las verdades más extraordinarias de toda la revelación cristiana.

El Dios que creó los cielos y la tierra quiso entrar en nuestra historia.

El Verbo eterno aceptó nacer de una mujer.

El Todopoderoso asumió la fragilidad de un cuerpo humano.

El Señor de la vida quiso experimentar el sufrimiento y entregar su vida en la Cruz.

Y todo ello sin dejar de ser Dios ni un solo instante.

En Jesucristo, la divinidad y la humanidad permanecen unidas para siempre en una sola Persona: el Hijo eterno del Padre.

Esta verdad explica la grandeza de la Encarnación, el valor infinito del sacrificio redentor y la dignidad extraordinaria de nuestra naturaleza humana.

También nos recuerda que el cristianismo no es una religión fundada sobre una idea abstracta, sino sobre un acontecimiento real: Dios ha venido a nuestro encuentro.

Por eso, cuando contemplamos al Niño de Belén, adoramos al mismo Dios que existe desde toda la eternidad.

Cuando miramos al Crucificado, contemplamos al Hijo de Dios que ha entregado su vida según su humanidad por nuestra salvación.

Y cuando adoramos a Cristo resucitado en la gloria, reconocemos al mismo Señor que un día volverá para juzgar a vivos y muertos.

La Unión Hipostática no es solamente una definición que debemos conocer para comprender la teología católica.

Es una verdad que debe transformar nuestra manera de creer, de rezar, de amar y de vivir.

Porque si Dios ha querido hacerse hombre para salvarnos, nuestra respuesta no puede ser la indiferencia.

Debe ser la fe, la adoración, la gratitud y la entrega de toda nuestra vida a Jesucristo.

¡Adoremos, pues, al Verbo encarnado, verdadero Dios y verdadero hombre, nuestro Señor y Salvador!

«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Juan 1,14).

Fuentes doctrinales y referencias para profundizar

Las siguientes fuentes permiten estudiar el misterio de la Unión Hipostática desde la Escritura, los concilios y el Magisterio de la Iglesia:

1. Sagrada Escritura: Juan 1,1-14; Filipenses 2,5-11; Colosenses 1,15-20 y 2,9; Gálatas 4,4-5; Hebreos 2,14-18 y 4,15.

2. Concilio de Nicea (325): profesión de fe en la divinidad del Hijo y su consustancialidad con el Padre.

3. Concilio de Éfeso (431): doctrina sobre la unidad personal de Cristo y la legitimidad del título Theotokos para la Santísima Virgen María.

4. Concilio de Calcedonia (451): definición dogmática de las dos naturalezas de Cristo en la única Persona del Verbo.

5. III Concilio de Constantinopla (680-681): definición de las dos voluntades y las dos operaciones naturales de Jesucristo.

6. Catecismo de la Iglesia Católica: números 456-483, especialmente 464-478, dedicados a la Encarnación y a la verdadera divinidad y humanidad de Jesucristo.

7. San León Magno: Tomus ad Flavianum, carta dogmática sobre el misterio de Cristo, fundamental para comprender la definición de Calcedonia.

8. San Cirilo de Alejandría: cartas y escritos cristológicos relacionados con la controversia nestoriana y la unidad personal de Cristo.

9. San Máximo el Confesor: escritos sobre las dos voluntades de Cristo y la importancia de su

voluntad humana para nuestra salvación.

10. Pío XII: encíclica Sempiternus Rex Christus (1951), sobre el Concilio de Calcedonia y la doctrina de las dos naturalezas de Cristo. Vaticano+3

Salve María. ¡Viva Cristo Rey!